
La desEuropa

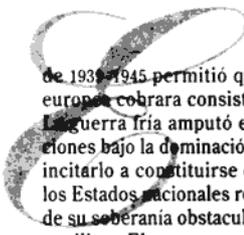
EDGAR MORIN

Traducción de Julián Meza



Y si usted cae en la red inextricable de la desgracia no se deberá a un golpe brusco y secreto, sino a su tontería.

Esquilo



L CARÁCTER suicida de la guerra de 1938-1945 permitió que el viejo proyecto de asociación europea cobrara consistencia al día siguiente del desastre. La guerra fría amputó este proyecto, al privarlo de las naciones bajo la dominación soviética y, a la vez, lo estimuló, al incitarlo a constituirse en sistema defensivo. Pero cuando los Estados nacionales rehusaron abdicar a la menor parcela de su soberanía obstaculizaron cualquier comunidad política y militar. El curso europeo produjo entonces un meandro económico para contornear la barrera, que estimulado por el desarrollo económico de los años 50-60, condujo a la formación del mercado común. Cuando éste se volvió realidad, apareció un vacío político, al mismo tiempo que los problemas planteados por la dislocación del imperio soviético. Entonces, aunque mal y demasiado tarde, se elaboró el tratado de Maastricht, pero no sólo para perfeccionar la unión económica, sino para construir estructuras políticas y sociales.

CONVULSIONES EN EL ESTE

El hundimiento del muro de Berlín y la caída del imperio soviético parecían señalar la hora de la Europa reunida pero, paradójicamente, el mercado común fue un obstáculo para la unión. Mientras que las naciones sometidas al ex imperio deseaban volver a Europa a través de ese mercado común, las disparidades económicas hacían imposible en lo inmediato, es decir en un término previsible, su integración, y sus demandas fueron rechazadas. Francia propuso una "gran confederación", pero ésta pareció no sólo una nueva fórmula de recepción, sino una manera de disfrazar el rechazo.

Inmediatamente después de la transición del totalitarismo a la democracia, de la economía burocratizada a la economía de mercado, de la sumisión a la soberanía nacional, sobrevino en todas partes una triple crisis: económica, política y nacional. La crisis de la esperanza comunista ya había suscitado un retorno a las identidades nacionales, religiosas, étnicas; pero en todo este universo europeo que vivió varios siglos dentro de tres imperios (el otomano, el austrohúngaro y el ruso zarista, que se volvió soviético) las nacionalidades o las etnias se habían imbricado de diversas maneras unas

en otras, y la reivindicación de un Estado nacional soberano, para cada etnia, o que nacionalidad, no podía tener como consecuencia sino encerrar en sus nuevas fronteras etnias, o que nacionalidades extranjeras encerrarán a una parte de los suyos. Exasperados por la crisis económica y favorecidos por la crisis de una democracia que no lograba echar raíces, las legítimas aspiraciones a la soberanía se transformaron rápidamente en exasperaciones nacionalistas agresivas. Mientras que las grandes naciones del Oeste europeo se constituyeron por y en un proceso multiseccular de integración de etnias muy diversas (como Francia, que integró bretones, languedocianos, flamencos, alsacianos, etc...), las etnias de los ex imperios de las naciones poliéticas demasiado recientes (como las de Yugoslavia)¹ reivindicaron la soberanía absoluta del Estado-nación. De aquí el surgimiento de un etnonacionalismo que rápidamente se radicalizó, hasta convertirse en totalnacionalismo.

En el Este dominan en lo sucesivo los etnonacionalismos furiosos, que exacerban aun más las diferencias religiosas, y en Yugoslavia el horror llega al colmo porque hay a la vez, inextricablemente, guerra entre nacionalidades, entre religiones y guerra civil. En el Este, además, vuelven por todas partes las virulencias anticongaras y antijudías. En Rusia, corazón de esta triple crisis política, económica y nacional, al efectuarse las elecciones parlamentarias de fin de año ocurrió una síntesis fatal entre nacionalismo, autoritarismo y comunismo, con lo que se corre el riesgo de inclinar a la gran y magnífica nación hacia el totalnacionalismo.

Así, un proceso disociativo determinó en el Este, en el mejor de los casos, divorcios y, en el peor, guerras múltiples, la más atroz la de Yugoslavia. En el Oeste el esfuerzo asociativo trató de desarrollarse con Maastricht en 1992, pero fue una nueva puesta en marcha trabada, un semifracaso. La que se ha vuelto verdaderamente problemática es la perspectiva de una Europa política. En estas condiciones la idea de Europa se encuentra en crisis.

REGRESIONES EN EL OESTE

Frente al desorden económico del Este, el Oeste europeo responde olvidando todas sus declaraciones de solidaridad, y aun instalando una nueva cortina de hierro, que incluye restricciones de todo tipo a la importación de mercancías y a la entrada de personas. Todo esto fue sobredeterminado por las crisis económica, y después política, que afectó en 1992-1993 a la co-

munidad europea. El mal económico que avanzó insensiblemente, de 1973 hasta los años ochenta, reveló cada vez más su profundidad con el aumento ininterrumpido del desempleo, la desaceleración continua de la expansión y, después, la recesión en 1993. La profunda reconversión emprendida en un período de prosperidad en las grandes naciones que fundaron su poder y su triunfo en el carbón y el acero siguió adelante pero entró en la crisis y contribuyó al desempleo. Las ganancias de la productividad, vitales en un mercado entregado a una competencia cada vez más intensa, se pagaron con la sustitución de trabajadores por máquinas. Las necesidades, también vitales para ciertas empresas, de deslocalizar sus fábricas en los países asiáticos con mano de obra barata también contribuyeron al desempleo. Y, además, la crisis económica es sin duda sólo uno de los aspectos de una crisis multidimensional, que golpea a la sociedad, en donde los malestares de la civilización, las fosilizaciones políticas, las descomposiciones étnicas se asocian a una degradación generalizada.

Al mismo tiempo, aparecen por todas partes en el oeste fenómenos de repliegue sobre la nación. Alemania se concentró en la absorción de la RDA, se autonomizó relativamente en su política internacional y, situada en lo sucesivo en el corazón de Europa y ya no en la frontera del Oeste, se convirtió en una potencia económicamente dominante que tiende a reunir en torno a ella a una Mittle Europa. En Francia se ha manifestado una erupción multiforme de la xenofobia con respecto a los inmigrantes, sometidos a coacciones cada vez más severas, como con respecto a los USA, sospechosos de arruinar su agricultura y su cultura. Mientras el águila alemana abría el ojo el gallo francés lanzaba un sonoro quiquiriquí. La comunidad está agrietada en su base misma: la unión francoalemana, y en el encogimiento y la desmoralización generalizados Inglaterra está enamorada de su insularidad y los socios pequeños tiemblan.

Las fuerzas de dislocación también desempeñan un papel en el Oeste: la unión entre valones y flamencos sólo es mantenida *in extremis* por el símbolo real. También España logra atemperar las fuerzas centrífugas que hasta el presente adoptan la forma positiva de crecimiento de las autonomías gracias a la monarquía. Pero Italia sufre la erupción centrífuga del Norte, que niega al Estado romano y quiere rechazar como extranjero al Mezzogiorno.

En todos lados se manifiestan virulencias xenófobas en el Oeste, aun en los países que parecían más abiertos al extranjero, como Italia. La Grecia del socialista Papandreu tiene pánico de la débil Macedonia ex yugoslava y exige que la filiación religiosa figure en la tarjeta de identidad de sus ciudadanos. Por todas partes hay una búsqueda de culpables que echar o inmolarse, es decir de víctimas propiciatorias.

Mientras que íbamos hacia el reconocimiento del Islam como parte integrante de Europa, de manera póstuma con el retorno autocrítico de España sobre 1492, de manera contemporánea con la implantación de tres millones de musulmanes en Francia y de manera prospectiva con la integración de Turquía, Albania y Bosnia-Herzegovina, en Mostar se destruyó el último puente sobre la Neretva, se va a hacer de Bosnia un Bantustán, se persigue a los turcos en Alemania y la dialéctica de los acontecimientos argelinos amplifica la precariedad de la suerte de los musulmanes en Francia. Rechazos cada vez más numerosos se manifiestan

contra los cíngaros mientras que los judíos aparecen de nuevo como los desintegradores cosmopolitas de las naciones. La reaparición de un Mussolini femenino estilo *cover-girl* y la de un nacionalsocialista ruso "más histrión que hitlerión" no señalan, sin embargo, que "el fascismo" está de regreso. Pero son signos grotescos de un deterioro profundo y de una nueva amenaza mortal para las democracias europeas.

Es cierto que en todas partes hay retoños neofascistas o neonazis pero son (¿todavía?) minoritarios, y no creo que sea la fórmula nazi o mussoliniana la que resucite. Creo que son nuevas fórmulas las que reúnen en el caldo de cultura de la crisis los ingredientes antiguos y heterogéneos del nacionalismo, el socialismo, el tradicionalismo y la revolución y que, tal vez, si cristalizan en torno a un guía carismático, pueden abismar a algunos de nuestros países.

EL DETERIORO DE LA IDEA DE EUROPA

De todas maneras la impotencia del Oeste europeo en la crisis yugoslava y en el descuartizamiento de Bosnia ha sido un factor interno de desmoralización muy poderoso en las dos Europas. Es verdad que el Oeste aún no había tenido tiempo de constituir su comunidad política, diplomática y militar. No es menos verdad que esta impotencia mata desde sus orígenes los intentos de constituir la comunidad. Sarajevo, ciudad de la convivialidad poliétnica por excelencia y prefiguración concreta de la Europa de nuestras aspiraciones, es lentamente asesinada bajo nuestras miradas, y este asesinato produce al mismo tiempo el suicidio de Europa...

En el deterioro de la idea de Europa se vuelven a formar las antiguas líneas de fuerza geopolíticas. La reconstrucción de una enorme potencia central germánica conduce al Oeste a dejar hacer a Serbia, que es el núcleo de un futuro contrapeso balcánico y eslavo, y así se toleran las deportaciones étnicas, indispensables para que se constituya una Serbia fuerte. En este sentido la quinta república acogerá un día en París al futuro zar de Rusia, como lo hizo la tercera república para defenderse de Alemania... A menos que, a la inversa, se realice la alianza germano-rusa, que se volvería a repartir Europa y pondría bajo tutela al Oeste europeo.

De todas maneras, el temor de ver volver la situación de antes del 14 contribuye a su retorno. Un poco por todas partes, fuerzas de regresión, de repliegue, de dislocación están en acción. De hecho, el Este entró en la crisis del Oeste al entrar en el mercado mundial, y el Oeste entró en la crisis del Este al despertar sus nacionalismos.

EL NUEVO PROYECTO EUROPEO

Frente a tantos peligros la única respuesta es asociativa, y ésta es la de la Europa política. Pero las dificultades no vienen sólo de la mala coyuntura actual y de los procesos de descomposición que amenazan justamente aquello que se trata de componer; vienen también de los problemas de fondo ignorados hasta ahora. Si el proyecto de una Europa política y el de una Europa económica deben ser complementarios, presentan no sólo diferencias, sino aún antinomias. Como bien lo señaló Dominique Wolton en un libro sobre el que hay que meditar,² la Europa económica se funda en intereses y la Europa política en valores. La Europa económica se constituyó

sobre un principio de homogeneización (llamado arminización), mientras que una de las finalidades de la Europa política es la de salvaguardar sus diversidades culturales.

Hay, por otra parte, una dificultad intrínseca para constituir una democracia europea, que no podría ser sólo la yuxtaposición de las democracias nacionales. En efecto, nacidas en las ciudades, las democracias se volvieron instituciones nacionales en el curso de los tiempos modernos, pero mientras Europa no se haya vuelto consistente no es posible que la democracia se ejerza eficazmente a escala europea. Sin embargo, se pueden concebir las vías, que serían, por una parte, la formación y la multiplicación de partidos transnacionales (socialistas, demócratacristianos, centristas, de derecha, etc.) y de sindicatos (obreros, campesinos, patronales) también transnacionales. Por otra parte, la debilidad democrática a escala continental necesitaría ser compensada mediante una revitalización democrática en las bases urbanas y regionales. En este punto Europa no sólo debe ser metropolitana y transnacional; también debe ser infranacional.

Más aún: Europa es una bella durmiente del bosque que necesita un proyecto propio para despertar. Este proyecto puede elaborarse a partir de problemas efectivamente comunes, y que no son sólo cuantitativos (número de desempleados, índices de producción); ni sólo económicos (estancamiento o depresión), también son de civilización.

Europa, continente de extremas diversidades, singularidades, individualidades, necesita ir más allá del mundo anónimo y mecánico, que obedece a la lógica de la máquina artificial, que se vierte sobre todos los aspectos de la vida cotidiana y degrada la calidad de la vida. Necesita ir más allá de la atomización generalizada de la sociedad urbana, en donde la pérdida de las antiguas solidaridades no ha sido sino parcialmente compensada por la aparición de solidaridades administrativas, pero sufre de la ausencia de solidaridades concretas de persona a persona, de grupo a grupo, salvo a veces: en caso de cataclismo. Necesita resucitar las ciudades, en donde sólo hay aglomeraciones y zonas de siglas bárbaras, y de dar vitalidad a las pequeñas ciudades. Necesita salvaguardar, al mismo tiempo, su biósfera, sus aguas, sus bosques, sus paisajes. Necesita regular el despliegue de las mercancías que, de acuerdo con la profecía de Marx, tiende a destruir las relaciones de servicio, de donativos, de gratuidad instalando en todas partes el precio y la ganancia. Necesita compensar la inevitable reconversión económica que elimina las grandes industrias del carbón, del acero, del textil, y no sólo desarrollando industrias de punta y PME inventados, sino también alentando el desarrollo de nuevas actividades dedicadas a la educación, la solidaridad, la convivialidad. Necesita resistir a la desertificación del campo y evitar el reino de las grandes explotaciones agrícolas, que también están amenazadas por la competencia internacional, favoreciendo una revitalización rural gracias a las formas "biológicas" de agricultura sin nitratos ni pesticidas y de cría de ganado sin hormonas. Necesita desarrollar múltiples sectores en donde la competencia económica no dependería de los desarrollos incesantes de la automatización, que suscitan una carrera desenfrenada en la productividad sino, al contrario, de la promoción de las cualidades y de las especificidades. Necesita poner en relación el problema del desempleo, el de la técnica, el del beneficio, el de la civilización; y por lo mismo necesita

un pensamiento capaz de volver a ligar los problemas, contextualizar los datos, integrar el conocimiento de las partes y el conocimiento del todo. Necesita un pensamiento político que no se encierre en lo económico y en lo cuantitativo y que vuelva a pensar los problemas de la sociedad. Dicho de otra manera, es un proyecto que es a la vez de reforma de pensamiento, de educación, de solidaridad, de calidad de la vida, de convivialidad, y que debería ser el proyecto europeo.

Todo esto supone, ciertamente, la conciencia de una comunidad de destino y la voluntad de asumir este destino común. Recíprocamente, un proyecto común contribuiría a la comunidad de destino y a concretar una voluntad común.

Una dimensión suplementaria se impone cada vez más fuertemente para ayudarnos a adoptar la conciencia común: la geografía de las recientes conferencias internacionales sobre el Pacífico nos reveló que al lado de las enormes masas de los dos continentes ribereños del Pacífico, Europa, en lo sucesivo periférica, tenía en adelante las mismas dimensiones que las de Suiza en relación con Europa. No, Europa no es sólo el bloque económico poderoso que podría aspirar a la primacía en el mundo; también es una pobre y querida vieja poca cosa que desde ahora debe proteger y revivificar sus diversidades, sus culturas, sus herencias.

En cuanto a la amenaza tan real no sólo de los repliegues etnocéntricos y de las fiebres nacionalistas, sino también del retorno de los antiguos antagonismos, hay que reconocer la legitimidad del retorno a los orígenes étnicos y nacionales, e inscribirlos en la vieja matriz y en la nueva comunidad europea, y esta comunidad, que se ha vuelto provincia del planeta, debe ser inscrita en nuestra materia terrestre y en nuestra comunidad de destino planetario. Así, las patrias deben inscribirse concéntricamente unas en otras, y los arraigos deben efectuarse más profunda y más ampliamente en nuestra identidad humana y terrestre. De esta manera, el retorno a la fuentes de las identidades étnicas y nacionales perdería su cerrazón regresiva y agresiva. Así volvemos a encontrar el doble imperativo válido universalmente, pero en particular válido para la Europa en crisis: asociación/autonomía.

En consecuencia, la idea de un Proyecto o New Deal europeo necesita, para tomar forma, de las ideas de comunidad de destino y del poliretorno a las fuentes europeas, que a su vez requieren, para tomar forma, de la idea de Proyecto europeo.

Por lo tanto, la apuesta inmediata y fundamental para que tomen forma esos tres términos depende del conflicto multiforme, en el Este y en el Oeste, entre las fuerzas de asociación y las fuerzas de la barbarie. Es la apuesta gigantesca del año 1994 y, sin duda, de los dos o tres años siguientes, en donde deberían efectuarse las bifurcaciones decisivas. El primer *set* parecía haber sido ganado por la asociación en 1989-1990. Luego, el segundo *set* fue ganado por la barbarie en 1992-1993. Comenzamos el tercer *set*, mal, pero dado que, "con el peligro también crece lo que salva", el peligro de catástrofe es nuestra última esperanza.

NOTAS

¹ Checoslovaquia llevó a cabo en 1945 la limpieza étnica de los alemanes de los Sudetes, fue amputada de la Ucrania subcarpática por la URSS, antes de disociarse el año pasado en Checa y Eslovaca.

² *La dernière utopie, naissance de l'Europe démocratique*, Flammarion. ☞